

encontrar los carteles de Francisco Toledo, Laia Jou, Damian Klaczekiewicz, Tiago Seixas, Seyed Abbas Mirqueusari, Sergio Vargas López, Ralph Burkhardt, Martha Reyes Lobato, María Marín, Carlos Carmona Medina y Rodrigo Gimón, en los que destaca, junto al extremo cuidado editorial, la necesidad de manifestar, por medio de la expresión artística, la consternación, la rabia, la necesidad de respuestas a todo lo que lacera y lastima a la sociedad mexicana: la desaparición de esos 43 que nos siguen faltando.

En la misma sección del segundo número, Gladys Villegas recalca sobre la función de las universidades en nuestros tiempos y afirma que estas deben “asumir un papel de vanguardia en la construcción de un mundo mejor; para ello, entre otras acciones, es necesario desmontar creencias y actitudes sexistas, elaborar recursos y buenas prácticas para eliminar la violencia de género y fomentar el respeto a la diversidad sexual y los derechos de las mujeres”. Los carteles de Antonio Castro, Coni Robinson, Ireneo Gerón, Osvaldo Gaona, Belinda Ugalde, Federico López, Iliana Pámanes, Laura Saldivar, Ángel Lagunes, Adriana Camino, Adán Paredes y Carlos Torralba reiteran la intención que de manera precisa enmarca todo el volumen y que, en palabras de su editorial, suponen la necesidad de un diálogo que “busque erradicar las condiciones estructurales de injusticia en las que vivimos”.

El número 3 de *Artis* reflexiona sobre la formación profesional de los artistas e insiste en el hecho de que “esta nos está quedando a deber en la relación con el arte y otras disciplinas o áreas del conocimiento humano”. En el apartado Voces, Ahtziri Molina sostiene una entrevista con Lucina Jiménez, actual directora del INBA, quien nos recuerda que “el arte es un derecho, no un privilegio. No

es algo que puedes hacer si tienes tiempo, si alguien más quiere y te lo autoriza. Pienso que la verdadera condición de la naturaleza humana está en relación con esa capacidad y esas habilidades expresivas, comunicativas y de simbolización que tiene el arte”.

Las reflexiones del obispo Raúl Vera y Jean Meyer comparan la misma vocación, un análisis profundo de la realidad nacional, del pasado y el presente que vivimos. Monseñor Vera afirma que le “tocó vivir un tiempo en el que había una gran grieta en el aspecto ético del desarrollo de la industria de la transformación; además, ya alcanzaba a ver que esa manera de hacer las cosas dañaría al país, porque en realidad no se estaba promoviendo el verdadero progreso para toda la sociedad”.

Mención aparte merecen los suplementos culturales que acompañan a *Artis* y que, siendo parte de la misma publicación, deben ser descritos en otro espacio por la importancia que tienen para el reconocimiento de las letras universales y el valor de las culturas con las que nos ponen en contacto.

La vida actual, la literatura de hoy, el arte de nuestros días, exigen revistas como esta que la Universidad Veracruzana edita y con las que la vida cultural de nuestro país se revitaliza, al mismo tiempo que produce diálogos de alto nivel en relación con la defensa de los derechos humanos.

Lo que nos deja ver *Artis* es la importancia que para la Universidad Veracruzana tiene la difusión de la cultura, el compromiso con sus labores sustantivas y, por encima de todo, la vigencia y calidad de su oferta cultural. ¡Larga vida a *Artis*! **LPyH**

Alfredo Zárate Flores es doctor en Humanidades por la UAM. Profesor en la licenciatura en Artes Digitales de la Universidad de Guanajuato.

El fracaso de la vida diaria

Cuentos

Héctor J. Hernández Bautista



Ana Fuentes Montes de Oca, *Chicharrón de oso y otros cuentos del fracaso*, México, Tierra Adentro, 2018, 106 pp.

La cotidianidad fue explotada con amplitud por Raymond Carver; en sus cuentos, acontecimientos en apariencia comunes suelen ser detonantes de una revelación: el cambio es una consecuencia que se anuncia en un momento en el que ya no hay retorno posible.

En *Chicharrón de oso y otros cuentos del fracaso*, este día a día se acompaña de la ironía y el humorismo, el giro inesperado y el acertado registro de una pléyade de narradores. Ana Fuentes Montes de Oca pone en acción más de veinte historias cortas cuyo tema esencial es el fracaso y las distintas formas en las que este se presenta. En la mayoría de los casos, abandona la idea de los seres miserables insertos en una situación irreparable de la que buscan salir por medio de la violencia –como sucede en *Hijo de satanás* de Charles Bukowski– y en su lugar pone

en acción personajes que intentan tomar las riendas de una historia a primera vista fuera de sus manos, que han preferido callar para guardar las apariencias, o bien que, a pesar de la resignación, buscan el cambio a partir de lo insignificante.

En “Lo que tú quieras, amor” el silencio de una pareja esconde reclamos que nos son mostrados con los pensamientos de los personajes. “Tictac”, sobre una maestra que busca el divorcio a la vez que parece detestar su trabajo, retoma este juego y lo traslada a un salón de clases. La intromisión en las ideas de los personajes funciona para dar un contrapunto a la situación que los rodea y reforzar la sensación de ironía debido a la disonancia que se crea entre el medio y la voz interna.

A veces el discurso directo es sustituido por la narración del protagonista, como en los cuentos “Encender la llama” y “El retenedor dental”. Ambos tratan el tema del matrimonio que ha caído en desgracia; ambos usan la figura del esposo decepcionado.

La decepción es, por tanto, otro de los hilos conductores que aparecen en repetidas ocasiones a lo largo del libro, ya sea en la soledad (como en “Palillos para dos”, “Ocaso”, “Cólera triunfal”) o en el encuentro (“Así el deseo”, “Cabeza de barracuda”). La decepción representa un tocar fondo que los personajes hacen suyo y que los lleva a reflexionar en torno al hecho mismo. Hay una búsqueda por entender su propia situación y al cuestionarse sobre ella hacen al lector partícipe de ese fracaso que, la mayoría de las veces, termina en la risa dolorosa motivada por la ironía.

“Chicharrón de oso”, el cuento que da título al libro, no es la excepción a la hora de usar la ironía: una mujer evoca su juventud y la figura misteriosa de un tío y



de cómo las vidas de ambos estuvieron un momento conectadas en un rancho de Oregon. Este cuento (y los demás) está marcado por un fuerte sentimiento de pérdida, de aquello que nunca más volverá. Por eso mismo, el fracaso se encuentra ligado a lo largo del libro a la memoria, ya que, como enuncia el protagonista de “Así el deseo”: “la madre de la obsesión es la memoria”.

Varios personajes de Ana Fuentes rayan en la obsesión malsana: el burócrata ratonil preocupado por la hora de “Letargo”; la anciana excéntrica que invita a sus vecinos a casa de “Cándida”; el maestro de preparatoria enamorado de una alumna en “Anheló”; o el chico regordete que intenta bajar de peso de “El cuche”. Todos ellos obstinados con el recuerdo o con la vida que llevan.

Si bien algunos cuentos están hechos con mejor suerte que otros, son destacables dos de ellos: “Súbase, comadre” y “Ora pro eo”. El primero presenta a una mujer que se estaciona frente a un banco y que comienza una perorata en la que involucra a su comadre. En este sentido, el cuento dialoga con el género de la confesión: la mujer abre su intimidad y nos muestra sus preocupaciones. La protagonista es una parodia de las mujeres de pueblo, pero es gracias a esto que el personaje se vuelve humano.

En el caso del otro cuento, “Ora pro eo”, la autora entra con el pie derecho al tema del narco, tan de moda en la actualidad: la combinación de la risa y la tragedia funciona para contar este relato sobre la hija de un narco que debe reconocer el cuerpo de su padre. En este sentido se acerca a la literatura de Carlos Velásquez, al jugar con la ironía o el terror que provoca la sola mención del crimen organizado.

En conjunto, la unidad de temas que Ana Fuentes utiliza en sus cuentos es explotada gracias a una rica inventiva. Así, un perro puede suplir la soledad o ser el factor que la provoca; la ironía puede deshumanizar al personaje y a la vez acercarlo al lector; el fracaso es incitación al cambio o al conformismo. En uno u otro caso, la construcción de las narraciones crea una sorpresa constante a partir de lo pequeño, de lo que ocurre alrededor pero que no suele ser relevante, y en esta sorpresa radica la virtud de Ana Fuentes. Al final de cuentas, como dice otro de sus personajes: “¿debemos aceptar que la vida nos aburra profundamente y ponerle la mejor cara todos los días?” **LPyH**

Héctor J. Hernández Bautista es estudiante de Lengua y Literatura Hispánicas en la UV. Ha publicado cuentos en revistas y en una antología.